

(Viene de la página anterior)

Desde ésta a la más irónica y diabólica. ¡cuántos y cuántos matices de sonrisa no se exhiben en este mundo!

Si la sonrisa es espontánea y natural, nada hay que objetar, aunque no nos sea del todo simpática, porque sería como censurar a uno porque es bizco o narilargo. Pero si la sonrisa es adquirida, impuesta por unas conveniencias, como es la mostrada en ciertos momentos por los artistas cinematográficos en «pose» propagandística, o las que se ven en los anuncios de un dentrífico, ah, entonces sí que es lícito hallarle peros a una sonrisa, e incluso defectos, y que se nos ofrece como una garantía del artículo puesto en venta o arriendo— y perdonen los artistas el simil.

Todo esto viene a cuento porque tengo ante mí dos de estas sonrisas de encargo. Una es la de una artista de cine. Tan estereotipada, tan fabricada en serie en algún estudio cinematográfico, que no produce en el ánimo de quien la contempla otro efecto que el que le produciría su peinado o su maquillaje, copia mil veces repetida por otras tantas «girls» contratadas por cualquier revista a tanto la pieza.

La otra sonrisa es la de una modelo anunciando un producto de belleza. ¿No es muy exagerada esta boca de labios gruesos y tan bien dibujada, enmarcando una dentadura provocativamente mordedora?

Evidentemente. Bien que una boca de líneas elegantes, agraciada por el esbozo de una sonrisa, sea parte importante de un bello rostro. Pero no lo es todo. Hay unas mejillas, una barbilla, unos ojos, considerados como el espejo del alma... Pero no; todo esto no se ha tenido muy en cuenta para el anuncio en cuestión. Lo que importaba destacar era la boca, la incitante boca, y ahí la tenemos, con toda su provocativa avidez.

A fe que el anunciante se ha salido con la suya. El dibujo debe haber salido como se pretendía. Una faz caricaturizada por una sonrisa ficticia en una boca más artificiosa aún...

No. La sonrisa para ser atrayente debe ser sencilla, espontánea, expresión de un corazón abierto y sincero. La sonrisa de encargo, a tanto el segundo, poco fruto puede dar en el campo de la simpatía. Será útil y necesaria en las transacciones diplomáticas internacionales, pero en lo que se refiere a las relaciones sociales, su impresionante frialdad es incapaz de avivar la más tenue llama de afecto.

Antes que un rostro con una sonrisa alquilada, preferimos uno de serio, sin aditamentos forzados. Que también puede ser mensajero de simpatía. Y no poca.

Xavier

La ruta triunfal de nuestro conciudadano el maestro Padrosa

Copiamos del «Diario de Barcelona» el suelto que así dice:

Crónica de Andalucía

Triunfo de un pianista catalán en Sevilla

SEVILLA, 15. (De nuestro corresponsal). — Juan Padrosa es casi todavía un niño. Nació en el año 1930, en San Feliu de Guixols. Pero estos veinticinco años suyos, de una vida que empieza a asomarse al mundo para conquistarlo, están plétóricos de triunfo desde hace ya bastantes años.

No se trata de ningún niño prodigio, porque los prodigios de esta naturaleza llegan muchas veces a inspirarnos hasta compasión, sino de un muchacho excepcional, de un elegido, que nació artista para deleitar a sus semejantes, como pudo nacer guerrero para ganar batallas.

La lira se le acercó bien pronto al oído y al corazón, acariciándole con sus sonidos musicales, con sus ecos melódicos, como si se le hablase en esa «lengua de los ángeles» a que hace referencia Carlyle,

Así surgió Juan Padrosa, el espléndido pianista de hoy, primer premio del Conservatorio de París y una de las figuras de más prestigio entre las nuevas generaciones musicales españolas.

Vino por primera vez a Sevilla, traído por las «Juventudes Musicales Españolas», y su recital en el Instituto Murillo, fué un verdadero acontecimiento de arte, una revelación sorprendente que en realidad nadie esperaba. El público que se agrupaba en torno de estas «Juventudes Musicales» cuya labor merece los mayores elogios, es un público selecto, un público distinguido, un público con amplios conocimientos musicales y de sensibilidad exquisita. Por eso el éxito —un éxito ruidoso, espléndido, rotundo— que acaba de obtener en Sevilla este joven pianista, es doblemente digno de consideración.

Beethoven, Schumann, Bach y su paisano Mompou, fueron en sus manos interpretados con maravillosa destreza, con profundo sentimiento de artista, como si sentado ante el piano, estuviese recibiendo el aliento y la inspiración suprema.

La interpretación que dió a la «Sonata», y «Danzas», de Mompou, fué seguida por el auditorio con verdadero deleite. Las notas brotaban de sus manos prodigiosas como suaves celajes, como envueltas en terciopelo, como si fuesen transparentes encajes o frágiles figuras de porcelana de Biscuit o de Sébres.

Padrosa se cansó de salir al escenario y de saludar al público, por que el público no se cansaba de aplaudirle y de obligarle a salir a recoger los nutridos aplausos, aplausos que no cesaban hasta que el artista, resignado, volvía a sentarse ante el piano para ejecutar alguna pieza más fuera de programas.

Luego, en el segundo descanso se vió materialmente asaltado por las admiradoras pidiéndole autógrafos, que firmó hasta que se le agotó la tinta de la estilográfica.

Y ya al final, después de interpretar con verdadera valentía los difíciles «Estudios sinfónicos, Op. 13», de Schumann, el público no quería marcharse. Padrosa no tuvo más remedio que obsequiarles con dos o tres obras más, de propina.

L. Conde Rivera

Carperilla Semanal

AINAUD DE LASARTE EN MONTCLAR

Con erudita palabra e histórica precisión, este Doctor eminente nos brindó una gran lección de un arte que en nuestra tierra tuvo un auge singular, y cuyas huellas perduran en iglesias y conventos. Piadosos monumentos que nos place venerar.

MORALEJA

¡Bien, por Ainaud y el Montclar!

✱